

ANTHONY SHERLEY Y LA GLOBALIZACIÓN, EL SUEÑO DE UN NUEVO COLÓN EN LA CORTE DE FELIPE IV*

Francisco Sánchez-Montes González
Universidad de Granada

Los reinados en el siglo XVI de Carlos V y su hijo Felipe II fraguaron la hegemonía hispana el mundo, con sus luces y sombras, alcanzando logros y sufriendo fracasos, pues ambos monarcas fueron capaces de extender el poder de su dinastía hasta los confines de territorios hasta entonces conocidos en Europa. En una firme alianza con la diosa Fortuna la Monarquía hispana supo construir un modelo de engrandecimiento y dominio, que tuvo su raíz en la fabulosa herencia de la expansión Atlántica de tiempo de los Reyes Católicos. Con el inicio de la gesta colombina, seguida por los exploradores de tierras y los grandes navegantes; para culminar en la construcción del Imperio Hispano, ya en el tiempo de los Austrias Mayores, mediante la hazaña de la travesía de Magallanes-Elcano y la conquista de los grandes dominios centroamericanos.

El resto de Europa, con desazón y crítica, pero también a su vez tratando de interponer del algún modo su fuerza, tuvo que asistir como espectador pasivo, de modo forzoso, a la construcción del dominio global del mundo desde la Península Ibérica. Ya que el contrapunto al reto de los monarcas del continente radicaba en la fe hispana en su propia fuerza, de la que el normando y hugonote Philippe Du Plessi-Mornay llegaría a afirmar como «la ambición de los españoles, que les ha hecho acumular tantas tierras y mares, les hace pensar que nada les es inaccesible».

Nada más lejos la realidad, los imperios no son eternos, y con el fin del reinado de Felipe II, tras años febriles y de una lucha abierta en todos los frentes (internos y externos), paso a paso, se desmoronó el sueño de aquel Imperio y ya nunca volvió a vivir la gloria del esplendoroso siglo XVI.

La adversa realidad del crítico siglo posterior, en la centuria del Seiscientos, hizo crecer la preocupación por el destino de la Monarquía, con su reflejo en el pensamiento económico coetáneo, como también se extendió entre los procuradores en Cortes que, de modo consciente, vivieron alarmados y denunciaron la pérdida de la fuerza hispana. Fue el caso del destacado representante granadino don Mateo de Lisón y Biedma, consciente en sus escritos mediante la valiente denuncia pública de la negativa visión del momento y triste panorama que azotaba en especial al interior castellano, el territorio corazón del poder.

El pensamiento mercantilista, con su extensa nómina de militantes, fue capaz de expresar la alarma ante la grave deriva de la situación, pues la aparente prosperidad y el supuesto brillante poder de España del siglo XVI resultaba ser falsos, una ilusión que a largo plazo se convirtió en oscuridad. Aquella desoladora impresión coetánea se ejemplifica bien en Sancho de Moncada, con su principal obra, de significativo título,

* Proyecto I+D *El Reino de Granada en el siglo XVII: Sociedad, Economía e Instituciones* (HAR2016- 6614-P), subvencionado por el Ministerio de Ciencia, innovación y Universidades.

sobre la Restauración política de España, que fue publicada el año 1619, o bien en Pedro Fernández de Navarrete, quien nos dice sobre la grave realidad de Castilla:

Todas las Monarquías han usado siempre enriquecer la cabeza del Imperio con los despojos y tributos de las provincias y naciones [...] Solo Castilla ha seguido diverso modo de imperar [...] no solo da para el sustento de la Casa Real y para asegurar las costas de España, sino también para presidir (proteger) a Italia, sustentar las fuerzas de África, reducir a Flandes y socorrer provincias y príncipes extranjeros [...] no parece puesto en razón que la cabeza se atenúe y enflaquezca, mientras los demás reinos, que están muy poblados y ricos, miran las cargas que ella paga¹.

Sin embargo, hubo un momento de retomado optimismo, marcado por la llegada al poder de Felipe IV, en cual se vivió la ilusión de la *restauración* del prestigio de la Monarquía y que se mantuvo perdurable en los primeros años del reinado del Rey Planeta bajo el aliento del archiconocido don Gaspar de Guzmán, su plenipotenciario valido. Se trataba de recobrar, de modo acelerado, la *reputación* hispana, aplicado en aquel tiempo un modelo de gobierno denso, persuasivo de la lengua y por competentes dirigentes de la Monarquía Hispánica, alcanzando incluso proyecciones literarias y populares. Que abarcaría desde el ámbito personal hasta el público: en el primero se situaba el honor, la honra, fama, prestigio, gloria... para ser usado en la esfera personal de modo más raro; mientras que en la alta política implicaría el respeto al modo de proceder, la voluntad de obtener prestigio, y el deseo de despertar una admiración reforzada por los mecanismos de propaganda.

Aquí importa la posición de «los otros», de los extranjeros respecto a la Monarquía que aún se consideraba señora de medio mundo. La duda de tales otros, el peligro de la unión de los descontentos, podía significar la desafección hostil y el menoscabo de la reputación hispana, favoreciendo las conjuras exteriores y promoviendo las del interior al crecer los enemigos que podían sumarse a cualquier complot rumbo a una rebelión.

En este punto surge la excepcional figura de Anthony Sherley, tratada en su día por la historiografía hispano-francesa en el exilio², también, de modo aún más temprano en una investigación de la España de los años treinta³, pues ya era incuestionable el interés, aún hoy se puede entender, por aquel curioso aventurero inglés que conocía bien el mundo, quizás como pocos europeos de entonces. De hecho, su peculiar periplo vital motivó una obra decimonónica, manuscrita por él y trasladada a imprenta, que es una clásica de la historiografía inglesa. En ella recorre su vida, al modo que luego haría en sus propias andanzas Sir Thomas Edward Lawrence por el extinto Imperio Persa, por lo que su lectura gozó de éxito en una Inglaterra ávida de escenarios exóticos y distantes⁴. Luego la

¹ Pedro Fernández de Navarrete, *Discursos Políticos*, Barcelona, imprenta de Sebastián de Cormellas, 1638 [B.N., Fondo Antiguo, 3/62593(6)].

² Se trata de la aportación clásica de Xavier Flores, *Le «peso político de todo el mundo» d'Anthony Sherley ou un aventurier anglais au service de l'Espagne*, París, 1963. De modo mucho más reciente véase la coautoría de Ángel Alloza, Miguel Ángel de Bunes y José Antonio Martínez Torres para la edición y estudio en un único ejemplar publicado de las obras de Sherley *Peso de todo el mundo (1622)* y *Discurso sobre el aumento de esta Monarquía (1625)*, Madrid, 2010.

³ María Francisca Solano y Pereda-Vivanco, *Biografía de Antonio Sherley y su papel en la política española del siglo XVII*, Tesis Doctoral, inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1936.

⁴ Anthony Sherley, *The Three Brothers; Or the Travels and Adventures of Sir Anthony Sherley, Sir Robert Sherley Sir Thomas Sherley: In Persia, Russia, Turkey, Spain, Etc., With Portraits*, Londres, 1825 [reed. facsímil, Forgotten Books, Londres 2018].

obra fue continuada, aunque en gran medida tan solo reproducida del original del propio Sherley, ya el pasado siglo XX, por Denison Ross ; incluso existen otras aportaciones, más próximas y también inglesas, en las que prima su tratamiento como personaje político⁶.

La presentación de aquel personaje y su ajetreada vida suscita el interés. Anthony Sherley nació en el sur de Inglaterra en 1565 y fue educado en Oxford; de formación militar, se alistó en 1586 como soldado en los Países Bajos, actuando allí en labores de espionaje al servicio de María de Escocia y donde su padre era tesorero de guerra. Según él mismo cuenta, sin poder dar mucha verosimilitud al relato, trabajaría al servicio del conde de Leicester, urdiendo con él un complot en el que el duque de Parma, al casarse con María, podría reivindicar un cierto derecho sobre la corona de Inglaterra. Descubierta la trama por la reina Isabel, hubo de huir a Midelburgo, donde continuó en sus intrigas. Sin embargo, quizás tratando de limpiar su expediente, participó en el ejército del conde de Essex para ayudar a Enrique IV en la lucha contra la Liga Católica. Los méritos de aquella guerra en Francia le hicieron acreedor de la orden de San Michel y que le fue impuesta, con juramento de lealtad, por el monarca francés; causando en contrapartida la indignación de la reina Isabel. En consecuencia, sufriría un primer proceso por infidelidad, del que saldría absuelto, que estaría en la raíz de su posterior desafecto a la corona de su patria.

A partir de aquí Sherley comienza su intensa vida viajera. Lo hace tras casarse con la hija del conde de Essex, en un matrimonio que resultó fallido, pues en 1596 parte de Southampton al mando de una flota que se une a la escuadra Essex para participar, en contra de la que luego sería su corona de adopción, en la toma y saqueo de Cádiz bajo el mando del almirante Charles Howard. En 1597 sale de nuevo de Inglaterra -ya no regresará más a su país- rumbo a Italia, en un nuevo proyecto del propio Essex con el fin de apoyar al duque de Ferrara en su lucha contra el Papa. En tierra italiana, con apoyo de Venecia, se decide realizar una expedición a Persia que pudiera prestarse a intensificar las relaciones comerciales con aquel imperio, además de persuadir al Shah sobre una posible alianza contra los turcos, retomando así la vieja idea de la empresa Universal de Carlos V⁷.

Aquel viaje se convirtió en el más conocido de Sherley y reflejado en los textos posteriores de diversos autores. Regresó a Europa en 1599, acompañado, ente otros personajes, por un emisario del Shah de nombre Husayn Ali Beg, con quien recorre las cortes europeas en pos de la alianza contra el Turco. Es así, en continuidad del proyecto, cuando sucede su visita a Moscú, Praga, Munich, Roma -donde rompe con el emisario persa- y llegando a Venecia, donde se aproxima tanto a los españoles que los propios ingleses, recelosos de su actuación, lo espían hasta el punto de lograr su ingreso en prisión. Suscita entonces la curiosidad de Madrid, hasta el punto que Francisco de Vera, embajador en República de Venecia, informa al rey⁸ que Anthoy Sherley:

⁵ Denison Ross, *Sir Anthony Sherley and his Persian adventure*, Londres, 1933

⁶ Véase la entrada conjunta de Janet Pennigton y Richard Raiswell, «Sherley, Sir Thomas (c.1542–1612)», en *Oxford Dictionary of National Biography*, Londres, 2004 [trad. castellano a https://es.wikipedia.org/wiki/Anthony_Sherley]

⁷ Juan Sánchez Montes, *Franceses, protestantes, turcos. Los españoles ante la política internacional de Carlos V*, Madrid, 1951 (reed. con estudio introductorio por Juan Luis Castellano, Granada, 1995).

⁸ María Francisco Solano y Pereda-Vivanco, *Biografía de Antonio Sherley...* op.cit. (cit. por Ángel Alloza, Miguel Ángel de Buenes y Jose Antonio Martínez Torres, *Peso del mundo...* op.cit., p.19)

Ha sido soldado a los 20 y peregrino otros muchos [...] tiene la experiencia que se puede juzgar de quien ha visto una gran parte del mundo y últimamente ha ido y vuelto a Persia por tierra en tan poco tiempo, *abriendo un camino que antes de él ni se siguió, ni se conoció* [...] merece el favor que se le hiciese por su buen espíritu, éste muestra en sus discursos un gran deseo de escribir a V.M.

En consecuencia, el Consejo de Estado, interesado en el personaje, consultó a su embajador sobre «lo que se puede hacer en Persia por medio de Antonio Sherley»⁹, con el fin de atraerlo a la esfera de los intereses hispanos. De este modo, ya en 1603, recibe un sueldo de su nuevo rey Felipe III, aunque no se preste con facilidad a todo encargo, pues al año siguiente se niega a marchar en misión de embajada a Roma, recomendando Íñigo de Cárdenas, el nuevo embajador en Venecia, tener paciencia con él pues «es sujeto de provecho, paciencia y no poca es menester para su espíritu, *pero sabe demasiado de las navegaciones de Indias de V.M.* con plática de las cosas de Flandes y otras partes». Nadie puede pues cuestionar su valía, pues es capaz de toda empresa y conoce el mundo. Sin embargo, se caracteriza por actuar sin control: invitado por Rodolfo II a Praga, el emperador le encarga una misión en Berbería, para la que logra en paradoja el apoyo del rey de España e incluso de los ingleses. En ella no lograría nada, salvo vivir bien, por lo que en 1606, dando por concluido el encargo norteafricano, marcha a Lisboa y de ahí a Madrid.

En la Corte obtiene el cargo de General del mar Mediterráneo, además de un puesto en el Consejo Colateral del reino de Nápoles. Se introduce así en una nueva aventura italiana, sin renunciar por ello a su carácter de ser intrigante y vida viajera, la cual acabaría en 1610 -contando ya con 45 años de edad- al ser confinado en Granada, con una renta de 3.000 escudos anuales y con el fin de tratar de controlar su sempiterna tendencia a la conspiración. La idea de permanecer en la ciudad de la Alhambra no le seduce en absoluto, el propio Sherley dice que está «confinado y reformado a esta *honrosa prisión*»¹⁰.

Lo cierto es que, a partir de su exilio granadino, decae su estrella y prestigio, hasta el punto de ser considerado por ciertos miembros del Consejo de Estado como «invencionero y charlatán»¹¹. Lo cual no impide contar con él para determinados asuntos. De hecho, en 1617 es llamado a Madrid para conocer su opinión sobre la expedición, no era la primera, de Walter Raleigh en busca de *El Dorado* por el Orinoco, en la cual debía actuar sin dañar los intereses de los españoles: en realidad acabaría en ruptura con los ingleses, por el asalto a Santo Tomé, y la condena a muerte al año siguiente del corsario inglés, por supuestamente haber desobedecido a su rey, contando en su severo juicio con la negra actuación en la sombra del embajador español Gondomar. En aquella ocasión Sherley aconsejó «limpiar las Indias de ingleses y rebeldes». Tiempo después, en contrapeso, se pronunciaría en pro de lograr la alianza matrimonial del Príncipe de Gales y la Infanta María, la cual hubiera unido a la corona de Inglaterra con España¹².

⁹ Ibidem. P.19.

¹⁰ Carta al jesuita Joseph Creswell desde Granada con fecha 7 de marzo de 1616 [AGS, Estado, leg.436, f.132] recogida por Ángel Alloza, Miguel Ángel de Buenes y Jose Antonio Martínez Torres, *Peso del mundo...* op.cit., p.21.

¹¹ María Francisco Solano y Pereda-Vivanco, *Biografía de Antonio Sherley...* op.cit.

¹² Véase al respecto de María de los Ángeles Pérez Samper: «La boda imposible de una infanta española y católica y un príncipe inglés y protestante», en *La Corte en Europa: Política y Religión (siglos XVI-XVIII)*, coords. José Martínez Millán, Manuel Rivero Rodríguez y Gijs, 3 vols., Madrid, 2012, t. II, pp. 1077-1123.

Por tanto, en ningún caso se pudo considerar *derrotado* por las intrigas de la política cortesana, tan solo hubo de esperar, ya que supo aprovechar sus conocimientos; de hecho se trata de alguien que escribe desde la experiencia hasta el punto de ser considerado un arbitrista en su tierra de adopción.

Con motivo del cambio de reinado y la llegada al poder de Felipe IV surgen sus escritos fundamentales, dedicados a la necesidad del progreso y de la riqueza del país, no es gratuito que *El peso de todo el mundo*, destinado «al Excelentísimo señor Duque Conde de Olivares», tuviera fecha de 2 de noviembre del año 1622, siendo escrito en Granada. Las ideas del principal *Discurso de Sherley*, junto con otras, serán también presentadas durante largo tiempo al plenipotenciario Olivares, lo hará mediante una serie de manuscritos circulantes¹³ en los que refleja sus proyectos para el fomento del comercio mediante la organización de compañías de monopolio estatal con el concurso de particulares. En ellos sabía siempre halagar la vanidad del valido, al describir a don Gaspar como «solo maestro que guía todas las ruedas deste gran reloj», pero no es menos cierto también que el valido creía en sus planes e ideas, pues lo consideraba un «nuevo Colón» para su tiempo, valorándolo como «hombre de mucha experiencia y que ha visto mucho»¹⁴.

En paralelo a Sherley la imagen del Conde-Duque sosteniendo al mundo tiene su mejor expresión en el coetáneo sevillano Juan Antonio de Vera Zúñiga y Figueroa (Mérida, 1583–Madrid, 1658), marqués primero, luego nombrado conde de la Roca, un título con el que sería de sobra conocido. Zúñiga destacaría por la amplia difusión de su obra *El Embajador*, que se considera hasta hoy un título clásico en la materia. En 1621, con aquel juego del cambio de reinado, se instala en Madrid como gentilhombre del rey, al amparo ya de Olivares a quien sirve como polemista. En 1627 lo nombró su biógrafo personal, en 1628 le concedió dicho título de conde y llegó a ocupar asiento en el Consejo de Estado en Madrid. Por añadido, en su vida política, al igual que él inglés, se sucederán las misiones diplomáticas, preferentemente en Italia, con embajadas en la corte de Saboya, en Venecia, y asistiendo también a los gobernadores de Milán hasta su regreso a la corte en 1644.

El poema épico *El Fernando o Sevilla restaurada*, publicado en Milán en 1632 y dedicado a Felipe IV, adapta la conocida *Jerusalén liberada* (1569) de Torquato Tasso sobre el asedio por los cristianos de aquella ciudad en la primera Cruzada, trasladando con igual motivo la conquista de Sevilla a los musulmanes por Fernando III en el siglo XIII. En la portada -la cual nos interesa aquí sobremanera- con el significado de la pesada carga de la Monarquía, se dibuja a un Olivares sosteniendo el orbe a modo de atlante. Retomando, en línea con Sherley, la idea de la *restauración* del prestigio de la Monarquía, que solo ve posible de la mano de Olivares, apelando también a la gloria del Imperio, por lo que llegará escribir su propia historia del emperador Carlos V, exaltando también la gloria del ejército español, para reivindicar la figura del tercer duque de Alba.

¹³ Olivares poseía en su biblioteca al menos una obra de Sherley, la del llamado como Conde (El) Escherley (Antonio Sherley), con el título de *Un libro de razón de estado y gobierno al Conde-Duque de S. Lucar, en que da relación de las cosas antiguas de las provincias y potentados del mundo y el remedio del reino y monarquía de España*, Inventario de Guzmán y Pimentel, Gaspar de, conde-duque de Olivares (1642)IBSO, CDO0443; véase Gregorio de Adrés, «Historia de la biblioteca del Conde Duque de Olivares y descripción de sus códices», *Cuadernos bibliográficos*, 30 (1973), pp.5-73.

¹⁴ John H. Elliott, *El Conde Duque de Olivares., el político en una época de decadencia*, Barcelona, 1990, p. 157.

Aquellos eran los proyectos necesitados del «nuevo Colón»; pero mientras, lejos de la Corte, Sherley languidece en su forzoso apartamiento del poder, soñando con la gran política y en la obsesión de «no morir en Granada como un forzado de galeras»¹⁵. Por entonces escribe *El peso de todo el mundo*, con la intención de presentar al rey y su Consejo las potencias que pudieran rivalizar con la Monarquía hispana o aliarse con ella. Se encuentra sumergido en un tiempo contradictorio, lo cual tiene un fiel reflejo en sus páginas escritas. Así, de modo inverso a su propia experiencia vital, que fue la del sempiterno combate contra el turco, llega a proponer una alianza de España con el Imperio Otomano, con el fin de socavar con aquella unión al comercio de Inglaterra y Venecia... también de modo vacilante, y habiéndose opuesto hasta entonces a cualquier medida proteccionista, pues consideraba que «era la política débil, y España no lo era», toma en la ocasión partido por las doctrinas mercantilistas, no brillando aquí en la lucidez y originalidad de sus planteamientos.

En la propia Granada, pese a la señalada sensación de aislamiento, Sherley bien pudo mantener contacto con las doctrinas económico-políticas imperantes, ya que sus planteamientos denota rasgos e influencia del pensamiento económico sostenido, entre otros, por don Mateo de Lisón y Biedma (1580-1641), un preclaro representante en Cortes de la ciudad granadina, por entonces estaba en la cumbre de su trayectoria, considerado un excelente arbitrista en su faceta de autor de obras políticas y económicas¹⁶. Tampoco extraña que pudiera influir en él don Gregorio López Madera, padre de la segunda mujer del citado don Mateo, pues era otro personaje de notable interés, entre sus títulos fue fiscal, corregidor de Toledo, alcalde de Corte y miembro del Consejo de Justicia, del que debemos destacar su autoría de la obra *Excelencias de la Monarchia y Reyno de España*, publicada en Valladolid en 1597, cuyos intereses e ideas principales eran, en cierto grado, coincidentes con el propio Sherley, ya que alababa las virtudes y cualidades de la Monarquía española, situándola como un modelo singular de organización política frente al resto de Europa.

El peso del todo el mundo le sirvió a su vez a Sherley para repasar su trayectoria e incluso revertir anteriores opiniones. Por ejemplo, ya no estaba de acuerdo con el matrimonio de la Infanta María y el Príncipe de Gales, frente a la posición anterior en su defensa, según mantuvo «él no era [tampoco] un hombre casado con su opinión». Además, en su repaso a los hechos trazados desde su propia experiencia, «dio rienda suelta a sus sentimientos y resentimientos»¹⁷, descargando así con toda dureza contra Rusia o Venecia, o bien contra Francia, y manteniendo una absoluta falta de objetividad en relación a los más variados asuntos, desde el asalto a Cádiz al fracaso de la Armada Invencible.

Rompiendo la monotonía de aquella vida lejana a Madrid, Sherley tuvo la oportunidad de reencontrarse con el monarca y en especial con su protector el Conde-Duque. Fue así con motivo del viaje al Sur de la Corte, la primera visita regia de Felipe IV en su reinado¹⁸. Hacía años que los granadinos no habían visto tan de cerca el poder, casi un siglo, desde la anterior estancia en 1526 del Emperador Carlos con la Emperatriz Isabel,

¹⁵ Xavier Flores, *Le «peso político de todo el mundo»...* op.cit.

¹⁶ Mateo Lisón y Viedma, *Discursos y Apuntamientos y otros escritos*, estudio introductorio por Manuel Martín Rodríguez, Madrid, 2016.

¹⁷ Xavier Flores, *Le «peso político de todo el mundo»...* op.cit.

¹⁸ Francisco Sánchez-Montes González, *El viaje de Felipe IV a Andalucía en 1624. Tiempo de recursos y consolidación de lealtades*. Granada, 2018.

por lo que la ciudad vivió de modo febril la llegada del rey en plena celebración de la Semana Santa del año 1624, alojándose el monarca con su séquito en la Alhambra. Y en aquellos breves días tuvo entonces la oportunidad de vivir el pulso de la ciudad, de disfrutar con la extraordinaria acogida de sus súbditos, dejando huella de su paso por Granada en efímera estancia de solo una semana.

Es de imaginar la visión del momento para aquel inglés naturalizado granadino. Al igual que para Granada, con la añoranza de su glorioso pasado en la anterior centuria, la visita supuso la reivindicación de su perdido papel como cabeza de la Monarquía¹⁹. De modo significativo, en un elemento simbólico, señalemos que en la Capilla Real, que contenía los restos de reyes fundadores de la Dinastía, fueron colocados dos armarios-relicarios en los laterales del Aula Regia, con el fin de depositar en ellos la gran cantidad de reliquias donadas sucesivamente por los papas al panteón²⁰. El Cabildo encomendó su ejecución a Alonso de Mena y Escalante, quien en la izquierda representó a la Inmaculada, junto con San Juan Bautista, San Pedro y San Pablo, añadiendo las imágenes de los Reyes Católicos, de doña Juana y don Felipe; mientras que, a derecha, además de los relieves de San Miguel y Santiago, de San Felipe y San José con el Niño, talló a Carlos V e Isabel de Portugal, junto con Felipe IV y su mujer Isabel de Borbón.

En aquella Granada se refleja así la trascendente unión de trono-altar, con la protección real de unas reliquias sagradas, pero sobre todo legitimando el árbol completo de una dinastía que parte de 1492, el *año admirable*, en el recinto donde están enterrados los reyes artífices de la gesta de aquel año. La ciudad reclama el prestigio de la Monarquía, el regreso al poderoso Imperio al que apelaba el propio Sherley con su rendida confianza en el binomio del joven monarca Felipe IV y su valido, mediante la consecución de la renovada política de prestigio. No resultó pues gratuito, desde la intencionalidad del momento, ubicar juntos, y tallar en igual altura, las imágenes del Emperador Carlos y la Emperatriz Isabel en unión con la de Felipe el Grande y su mujer Isabel. En sensible contraste, Felipe III y su consorte Margarita de Austria fue olvidado, sin existir su representación; lo que no es extraño en aquellos años de cambio de signo político, de repudio del anterior reinado, mostrando la representación artística una rara y exquisita sensibilidad artística en línea con la caída de un régimen y el ascenso del nuevo rey.

Al año siguiente de la visita regia Sherley dio a conocer su *Discurso sobre el aumento de esta Monarquía*²¹, en la ocasión fue un texto dirigido a Felipe IV, no como era tradicional en él destinado a Olivares, de nuevo tiene fecha de autoría en Granada, a 25 de marzo de 1625. En este segundo Discurso advertía al rey de sus enemigos y de la posibilidad del surgimiento de una liga antiespañola, para lo cual traza un recorrido, país por país, mostrando su profundo conocimiento de las potencias adversarias. En un segundo paso medía la fuerza de su rey, planteando el mosaico de reinos que conformaban la Monarquía, y los recursos necesarios de hombres, barcos y armas para poder afrontar

¹⁹ Francisco Sánchez-Montes González, «Y aunque ya faltan sus reyes, su gran Majestad les basta´ Granada capital en el siglo XVII», *Capitali senza re nella Monarchia spagnola. Identità, relazioni, immagini (secc. XVI-XVIII)*, Palermo (Italia), 2019.

²⁰ Antonio Gallego Burín, *Nuevos datos sobre la Capilla Real de Granada*, Madrid, 1953, pp. 19-20.

²¹ Fue dado por perdido, cuando en realidad es copiado por Martín Fernández de Navarrete de un manuscrito que halló en la Biblioteca de Palacio, y lo integró en la colección de su nombre, con el título *Discurso del Conde Don Antonio Xerley sobre la liga que hicieron todos los Reinos y Potentados de la Europa, Asia y África contra la Monarquía de España*. Véase al respecto Ángel Alloza, Miguel Ángel de Buenes y Jose Antonio Martínez Torres, *Peso del mundo...* op.cit., p.41 y ss.

la amenaza. En ciertos rasgos recuerda a conocidos proyectos coetáneos, pues debía de conocer la idea de la *Unión de Armas* y los planteamientos del *Gran Memorial*. Pero la realidad de aquel año 1625 se impuso a la utopía en papel del inglés: los problemas de la flota, bien de la defensa del imprescindible para el ejército paso terrestre de la Valtelina, junto con hechos como el intento inglés sobre Cádiz, mostraron la débil argumentación de pretender ser un Imperio sin poseer la fuerza para alcanzarlo.

Poco más se conoce de Anthony Sherley en los restantes años de vida que le quedaron en Granada. Falleció en la ciudad en 1634, con 70 años de edad, sobreviviendo hasta entonces con los escasos recursos de una última renta de la seda que le fue concedida por el rey. De su muerte, pues era un personaje conocido, da noticia la crónica local en unas breves notas acerca de su vida, aunque equivocando el año:

En este año [sucesos del año 1633] falleció en esta ciudad el valeroso caballero Conde de Leste, el Ynglés que saqueó la ciudad de Cádiz en tiempo del rey don Felipe segundo, aunque contra su voluntad, poco después se vino huyendo a España y su majestad lo socorrió con alguna renta de la seda desta ciudad de Granada donde habitaba no muy sobradamente. Sepultose su cuerpo en la Yglesia Parroquial del señor San Pedro y San Pablo desta ciudad. Dexó un hijo de grandes partes a quienes su majestad ocupará en su servicio pues es tan capaz en todas materias²².

Resultando curiosa la apelación a la lealtad al rey, pues al parecer de modo obligado hubo de actuar contra el abuelo del monarca, su antecesor Felipe II, «aunque en contra de su voluntad». Por añadido, de su sepelio queda un fiel documento, el asiento de su partida de entierro, la cual reza:

En dieciséis días del mes de abril de mil seiscientos treinta y cuatro años se enterró en la capilla de don Baltasar de Torres a Don Antonio Serley, conde de Leste. No testó. Díjose novenario, con misa de oficio. [...] asistencia a la misa [...] faltan de las velas quatro [y] dijo la misa el señor D. Juan [...] y capa²³.

Anthony Sherley murió en condiciones de lamentable miseria, dejando a un hijo huérfano y necesitado de forzosa tutela, sin poder cubrir siquiera los gastos del hubiera sido un entierro propio a su estatus social. Además, fue sepultado a los pies del Darro, en una de las parroquias granadinas por entonces entre las más severamente castigadas por las sucesivas crisis sufridas en la ciudad; sus restos, sin poseer capilla propia, fueron acogidos en la de don Baltasar de Torres, un procurador en Cortes y caballero XXIV de la ciudad, fallecido mucho antes, en el año 1604.

²² Francisco Henríquez de Jorquera, *Anales de Granada. Descripción del Reino y ciudad de Granada. Crónica de la reconquista (1482-1492). Sucesos de los años 1588 a 1646*, edición con estudio preliminar por Pedro Gan Giménez y Luis Moreno Garzón, 2 vols., Granada, 1987, vol. II, p. 740.

²³ Archivo Parroquial de San Pedro y San Pablo, Granada, *Libro segundo de entierros (1626-1651)*, 16 de abril, 1634, s. f.